

MENTZ, Brígida von, *Trabajo, sujeción y libertad en el centro de la Nueva España, Esclavos, aprendices, campesinos y operarios manufactureros, siglos XVI a XVIII*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social-Miguel Ángel Porrúa, 1999, 472 p., ils.

Una visita a una librería bien surtida es para un historiador como entrar a la tienda de las maravillas. Siempre hay alguna novedad, alguna nueva colección, otra investigación que sale del taller del historiador para exponerse, en los dos sentidos del término, ante el público. Por otro lado, aunque habitualmente el ávido lector encuentra textos interesantes, es inusual encontrar algo realmente imprevisible. Para bien o para mal, el conocimiento histórico se mueve sobre ciertos caminos y rutinas ya establecidas. No es raro encontrar investigaciones paralelas sobre un mismo tema, o que incluso partiendo de un mismo material se arrije a respuestas afines. En esto no hay nada de extraño o indeseable; ocurre que estamos en el proceso de transición desde lo que era básicamente un arte hacia lo que vagamente podríamos denominar una disciplina científica. Todos, o casi todos, nos dedicamos a fabricar y alinear ladrillos en el edificio del conocimiento histórico, pero la estructura del edificio, sus entradas y salidas, el estilo al que corresponde, presenta pocas variaciones.

Por esta razón este nuevo libro de Brígida von Mentz es particularmente notable; se sale, decididamente, de lo habitual y previsible. Hay varias cuestiones que en este sentido ameritan comentarse. Una de ellas es la afortunada confluencia del método del historiador con la perspectiva del antropólogo. No voy a argumentar las bondades de esta aproximación; sólo diré que el texto no es un mero ensayo sin bases, pero tampoco una monótona enumeración de documentos. Por el contrario, tiene una muy adecuada combinación de rigurosa minuciosidad en la reconstrucción del pasado, con una visión amplia y ambiciosa de los problemas y procesos históricos. Hay descripciones excelentes y disfrutables, como aquella que se refiere al ingenio de Calderón —una de las “haciendas de azúcar” más importantes de Cuautla— donde la autora se deja llevar por la narración y reconstruye las actitudes del hacendado, sus devociones religiosas, sus preferencias para ir vestido de gala a la ciudad y, más modestamente, con calzones de paño por sus dominios; también aparecen muy vívidamente los jacaes de los esclavos, sus costumbres laborales, rutinas familiares y su muy peculiar mezcla de obediencia y desafío frente a amos y administradores. Y esto, para satisfacción del historiador exigente, no es mera especulación, o mejor dicho, resulta de una especulación bien apoyada en actas notariales y expedientes judiciales.

Un punto que resalta es la recreación del afrentoso nivel de violencia de la sociedad novohispana. No se trata solamente del ocasional tumulto o del castigo espectacular de algún reo a tandas de 200 azotes. Es una violencia omnipresente, cotidiana, casi rutinaria. Hay casos excesivos, desde luego, como el mayordomo del ingenio de Calderón, que según los esclavos mató a dos hombres a latigazos. Pero aun dejando de lado los ejemplos extremos, en el libro queda claro que la violencia física estaba siempre presente en las relaciones laborales. El mundo que aquí se comenta es de paredes, barrotes, cepos, latigazos y amenazas que parecen tener un sentido que va más allá de los ocasionales excesos. Al igual que la vestimenta o la cortesía, la violencia parece haber sido una manera simbólica y codificada de señalar y reafirmar las diferencias sociales.

Al mismo tiempo hay análisis que presentan conclusiones del mayor interés. Algunos son puntuales y corrigen o discuten aseveraciones tenidas tradicionalmente por buenas debido a una especie de inercia historiográfica: tales son los argumentos que aquí se hacen sobre la subsistencia disimulada de la esclavitud indígena, la supervivencia de la discriminación étnica en los talleres artesanales o la usualmente poco apreciada importancia de los mulatos en la vida productiva de la ciudad de México.

Más allá de estas cuestiones particulares, hay también afirmaciones de mayor vuelo, a maneras de señales que apuntan a nuevos senderos de la investigación. Tales son, por ejemplo, la insistencia en que la evolución de la industria colonial no puede reducirse a los esquemas de evolución europeos, o la conclusión de que la prosperidad de fines del siglo XVIII trajo consigo una sobreexplotación de los trabajadores, una caída en los niveles de nutrición, salud y una reducción del mercado, en la medida que los pueblos y rancherías retornaban a la producción de autoconsumo y el trueque. Podrá el lector aprobar o disentir con estas afirmaciones, pero sin duda dan materia a la reflexión y la discusión.

La lectura sugiere, asimismo, la necesidad de brindar mayor atención a los gobernadores y caciques indios a quienes la autora define un tanto vagamente como una "clase media". Son personajes y familias como Nicolás de San Miguel, de Malinalco, y los Aguilar, de Xatlaco, que actuaban como intermediarios entre la ciudad y el campo, la hacienda y la comunidad, lo español y lo indígena. De ellos sabemos por las quejas de los macehuales contra sus excesos y abusos, pero es de suponerse que había muchos otros que desempeñaron su papel con mayor habilidad, con provecho propio y satisfacción general. Tal parece que habría que averiguar un poco más sobre estas figuras, que contradicen la idea humboldtiana de que todos los indígenas estaban a fines de la colonia en situación miserable.

Por otro lado, el interés de *Trabajo, sujeción y libertad...*, no se reduce al estudio de periodos y regiones particulares. Aunque el libro aborda dos siglos, de hecho se ocupa de un proceso mucho más largo: la conversión del ser humano en objeto, en mercancía, la reducción de su humanidad a su fuerza de trabajo. Esta historia arranca, según von Mentz, con la aparición de lo que llama “sociedades civiles”, esto es, las sociedades con organización de clases y con un Estado, con gobernantes y gobernados, personas que trabajan y personas que se apropian del trabajo de otros. Así, por el libro pasan esclavismo, feudalismo, capitalismo e incluso una hipotética sociedad futura que debería compartir, más que competir, e interesarse por el individuo en su totalidad, y no solamente como productor.

Decir que este tema es extenso y ambicioso sería quedarse corto. Vivimos una época donde el horizonte historiográfico parece estar en vías de colapso y pasa, a semejanza del mundo de la electrónica, por un acelerada tendencia hacia la miniaturización. Esta obra, en contraste, es franca y gozosamente macrohistórica, y lo que aquí se discute son los grandes conceptos (libertad, sujeción, condición humana) que parece deberían escribirse con mayúscula. Para el historiador, a veces demasiado aferrado a minucias eruditas y la persecución de la hipótesis especializada, estas reflexiones pueden resultar tan desconcertantes como provocadoras. Retorna al oficio su vocación más amplia y generosa, aquélla que procura comprender y servir a la sociedad. Se podrá estar de acuerdo o no con las afirmaciones y suposiciones de la autora (que en ocasiones parece afiliarse con mucho entusiasmo al optimismo decimonónico sobre la condición humana), pero el retorno a las grandes discusiones, al humanismo de viejo estilo con nuevos métodos y perspectivas, resulta más que bienvenido.

FELIPE CASTRO GUTIÉRREZ

PASTOR LLANEZA, Marialba, *Crisis y recomposición social. Nueva España en el tránsito del siglo XVI al XVII*, México, Fondo de Cultura Económica, 1999, 270 p.

Podría definir metafóricamente el libro que ahora nos ocupa como un macrocosmos. ¡Cómo no podría encajar en este adjetivo si se trata del estudio de la vida social, económica, política y cultural de una Nueva España en transición!, lo que debe —necesariamente— tener una cualidad universalista. Amplia es la temática, amplia también la bibliografía utilizada e interpretada por la autora y amplias sus expectativas. Sin